

REUNION CON LA POESIA DE LUIS ROSALES

La obra de un creador se va pareciendo indefectiblemente a éste como el hijo al padre y ambos trasuntan su tiempo como esos árboles exuberantes nos hacen sentir el trópico o aquellos espinosos el páramo. Y cuando esta relación es íntima y total, porque implica al ser íntegro, se convierte más bien en una relación dialéctica. Autor, tiempo y obra se amalgaman y se interactúan en un devenir que se profundiza y se amplía. El tiempo, en el que el creador vive, va haciendo su obra en éste, éste va haciendo su obra y su obra por último, va haciendo a su autor y a su tiempo. De esta manera sostiene el propio Luis Rosales en el prólogo a *El contenido del corazón*—refiriéndose a la importancia que este libro tiene en su vida y en su obra—: «En cierto modo me resume como escritor y como hombre, o mejor dicho: yo me resumo a él» (p. 249) (1).

Así es y, difícilmente, podría ser de otra manera. Y es probable que sea ésta una de las características más claras y definitorias de lo que entendemos por literatura moderna. En otras palabras, la efectiva relación autor-obra es un requisito, hoy por hoy, insoslayable para un creador que viva su tiempo, so pena de ser visto y considerado como una *rara avis* de otra época y carecer de vigencia.

Reconocemos, en la literatura moderna, al creador en su obra y ésta tiende a verificarse en su creador. En este mismo sentido señalaba Luis Rosales la curiosa modernidad de Lope de Vega, al insistir sobre la manera particular que tiene éste de mostrarse—en su línea, fundamentalmente y sin proponérselo—en toda su dimensión humana, al rimar su vida y sus problemas de hombre—sus amores, la muerte de su hijo, la problemática de sus creencias religiosas, y tantas otras alternativas de su vida como individuo—. De esta manera se nos muestra más parecido a nosotros que el mismo Cervantes, pues lo sentimos nuestro en su menudencia personal. En este aspecto sentimos a Lope más moderno aunque sea el genial autor del Quijote más intemporal en su humanidad.

Pues bien, todo lo disperso se ha reunido—los libros agotados y los poemas inéditos; el libro de 1935 y el de 1974—(2) y todo lo

(1) Todas las citas son tomadas del mismo libro de Luis Rosales: *Poesía reunida*, Seix Barral, Barcelona, abril de 1981.

(2) A este respecto creemos pertinente señalar—al menos sumariamente—cuáles son las modificaciones esenciales de esta suma de libros, que más que simple suma es edición corregida, ampliada y ordenada, y en la cual cada parte—de esta larga tarea de creación—parece tomar, al fin, su lugar definitivo.

En *Abril* nos encontramos, por primera vez, con los poemas de la guerra reunidos bajo el título «Poemas de la muerte contigua», y entre ellos se encuentra «La voz de los muertos», no recogido hasta ahora en el libro. *Retablo de navidad* presenta sensibles modificaciones: aumenta el número de sus poemas casi al doble y su ordenación es diferente.

humano encuentra allí su representación: Los avatares personales en su intensa gama y los colectivos, que cruzándose con aquellos dibujan una vasta geografía de intereses generales y humanos. De esta manera se confirma en la poesía de Rosales que no hay gran poesía que no tenga representatividad, es decir, que no involucre la cosmovisión de su tiempo. No tiene esto nada que ver con la aparente sencillez o dificultad de su lectura y su comprensión, no. Esa es harina de otro costal. Aunque en este sentido cabría recordar que no es la poesía de Rosales una poesía hermética ni siquiera difícil. Es más, su problema —y al mismo tiempo su virtud— tal vez sea parecerse demasiado a sí misma, haber adquirido sus partes un aire de familia que las identifica con su progénito, consigo mismas y con la época que las hace posible.

Esta será, más bien, la reunión fáctica de un material que vive junto por naturaleza, porque es, fundamentalmente, resultado de una búsqueda multiplicada y separada en su superficie, pero coincidente en su actitud profunda: búsqueda dolorosa de la mismidad, que es búsqueda del hombre y de su mundo. Esta es la razón, en última instancia, de la coherencia de la presente edición —fenómeno previo al acto creador y que lo acompaña tesoneramente:

*Que me estoy convocando y reuniendo a mí mismo
en partes dolorosas que no conviven juntas,
que nunca pueden completar su unidad,
que nunca podrán ser,
que nunca podré ser
sino tan sólo un hombre sucesivo que se escribe con sombras (p. 226).*

Esa búsqueda es un movimiento de humanidad, una constante e incansable voluntad de acercamiento, un repetido afinamiento hacia todo lo que late y vive y tiene intención de hombre. Por eso el poeta elige, purifica y personaliza un lenguaje coloquial. Es muy fácil de comprender: para hablarle al hombre actual y para hablar de él no existe otra alternativa que hacerlo con su propia lengua, con sus mismas palabras. No obstante hablarle al hombre de sus problemas verdaderos en su propio idioma no es garantía de éxito. A veces esa «palabra conversada de corazón a corazón» no logra aprisionar al ser y su vivencia y, entonces, salta hecha añicos y hiere y frustra.

Rimas presenta variantes también: está ampliado y tiene una ordenación distinta y final. Es que la primera versión del libro agrupaba poemas de tres obras diferentes, y ahora, los poemas ocupan el lugar que debieran tener desde un comienzo. En *Canciones* encontramos poemas nuevos —el final es casi todo inédito—. Y para terminar con esta breve referencia de modificaciones importantes, en *Como el corte hace sangre aparece* por vez primera el poema, dedicado a Juan Carlos Onetti, «La cara de la desgracia».

*era una campesina ya embebida
por la intemperie de la noche a tientas
y de la vida a ciegas,
que miraba con un poco de luto en las pupilas
como queriéndome abrigar,
y yo no supe contestarle,
y yo callaba junto a ella
porque mi lengua personal es inventada,
literaria y enfática
y como no me sirve para hablar con un obrero o con un niño,
y como no me puede dar la absolución,
a veces tengo que ocultarla como se oculta el dinero en la cartera,
a veces tengo que callar,
como hice entonces,
sintiendo de repente
la incomunicación
Igual que el aletazo de un murciélago
con su golpe de trapo,
y su asco parcelado sobre el rostro
donde el labio que calla va convirtiéndose en cicatriz (pp. 404-405).*

Y entonces el labio se convierte en una verdadera herida de impotencia. Aquí el lenguaje no presenta más que su consoladora capacidad exorcística: la comunicación podrá lograrse en forma indirecta, pero, quizá, el mensaje ya sea otro.

Sin embargo, y regularmente, el idioma funciona como elemento creador de un mundo amplio y enriquecido y como ejercicio vital de conocimiento. El lenguaje poético se apodera del cosmos y lo ordena, lo descubre y lo jerarquiza, actúa como un colonizador y lo bautiza al ir nombrándolo. Pero también, y paralelamente, el creador reconoce —a través del lenguaje poético— otro mundo en la inmersión en las profundidades de su propio ser. Es doble, entonces, la tarea de conocimiento —o reconocimiento— del poeta; una lo lleva hacia la unidad y la otra hacia la multiplicidad —el Yo y el Otro.

La preocupación humana en su gama infinita y la preocupación estética son en la poesía de Luis Rosales una misma cosa tal y como puede verse a lo largo de sus casi cincuenta años de creación. Allí están presentes y combinados estos dos aspectos que asumen una misma fisonomía. Y no puede ser de otro modo, pues desde la publicación de *Los heraldos negros*, de César Vallejo, se ha debido tomar clara conciencia de que esas actitudes ya no están más en compartimentos estancos sino que, por el contrario, sus aguas se confunden irrevocablemente. Forma y contenido no pueden ser ya considerados dos elementos que es factible aislar: hay por ahí mucho hidrógeno y mucho oxígeno que nada nos dicen acerca del agua.

Pues bien, en este sentido, es cierto que dos generaciones españolas de poetas están vinculadas claramente con la poesía de Luis Rosales: la del 27 (preferentemente formal) y la del 98 (preferentemente conceptual), relación que se efectúa en este mismo orden; pero éstas se aúnan en el carácter del poeta generando una nueva manera poética.

Habrà que tomar en cuenta que el parricidio fue una postura común en los últimos decenios finiseculares y se convirtió en una necesidad—moda a veces—casí constante, a lo largo de nuestra centuria. Sin embargo, no fue siempre efectivo. Es más, podría sostenerse que en el común de los casos se concretizó en un violento—y voluntario—cambio de progenitores: actitud ésta que, bien mirada, nos define en más de un sentido como hombres del siglo XX, y apunta, sin lugar a dudas, más lejos que una postura pasajera. Pues bien, esa libertad de verdaderas alternativas, muestra en Luis Rosales unas deudas y un despegue. Es imposible encontrar una poesía que carezca de ellas, que no tenga padres—o parientes próximos—pues aun aquel que no leyere vive una época y participa de sus aires. Pero en la obra de un verdadero creador resulta una tarea tan peligrosa como llamada al fracaso tratar de fundamentar su obra estableciendo una clara genealogía de sus ancestros. El proceso creador es demasiado complejo como para creerlo reductible a estas instancias y demasiado rico como para explicarse totalmente en ellas. Puede resultar, en cambio, provechoso manejar estas perspectivas—conociendo los riesgos de su abuso—al intentar una historia literaria o como método de investigación que encontrase lo genuinamente personal de una obra. Pues bien, atendiendo a este deslinde—que nos pone en guardia contra riesgos serios—podemos ver, en un primer nivel, sobradas razones para asegurarnos la presencia de esas *deudas* literarias. Estas se hacen obvias al confrontar, a lo largo de las cuatrocientas páginas sobradas de *Poesía reunida*, libros como *Abril* y *Como el corte hace sangre*, o simplemente poemas como «Vivir es seguirte viendo» y «Memoria de la sangre» —ambos muy próximos en el tiempo— para constatar—27 y 98 mediante—esas dos *maneras* de una poesía personal y única, lo suficientemente parecida a sí misma como para atribuirse un nombre propio y una lejana parentela célebre.

La unicidad del hombre actual marcha fatalmente unida a su variedad. Esto no lo comprueba solamente la multiplicidad de aspectos de los que suele ocuparse el creador moderno tanto en su obra como en su vida. Muchos son los roles del poeta como hombre como ancha y extensa en su problemática vital. Y su poesía, sin dejar de ser ella misma, se multiplica e intenta diferentes caminos y nuevos recursos

para ahondar y clarificar siempre sus horizontes. Las pruebas extremas de esta modalidad, tan común a nuestra vida, están ligadas ineludiblemente a actitudes como la de Antonio Machado—para citar un caso muy conocido de nuestra lengua—quien capta y manifiesta estos aspectos del mundo y del arte modernos valiéndose de sus *alter ego*—Juan de Mairena, Abel Martín—, y al referirnos a esos avatares del poeta—verdaderos complementarios—y a sus versos y palabras nos estamos refiriendo—lo sabemos todos—al poeta Antonio Machado. Lo mismo ocurre en la obra de otro poeta, no menos conocido, y cuyas maneras de entender el mundo toman nombres—también—diferentes; nos referimos al poeta lusitano Fernando Pessoa.

El poeta se desarrolla y crece afinando sus armas. Este proceso de enriquecimiento y variación puede observarse—aunque no esté avalado por nombres apócrifos—en el orden de los libros que componen esta reunión de poesía. Hay en el fondo de toda ella una sensibilidad y una inteligencia comunes, fundamentos de la profunda coherencia, que ofrece un abanico de intereses amplios y herramientas y técnicas variadas. Esa amplitud, como hemos visto, no desarticula la obra, pues la coherencia no exige identidad de superficie y ésta o es perfección o, simplemente, repetición, redundancia innecesaria e incapacidad.

Madurez es equilibrio pero es también riqueza humana, visión equidistante—no descomprometida—del mundo y del ser humano, y Luis Rosales es un poeta madurado ya en sus inicios; esto no obstante alcanza su plenitud expresiva, logra la *poesía total*—signo, como el mismo poeta sostiene, de la modernidad—en el personal verso libre de larga cadencia, que aparece completamente logrado ya y consciente de sus posibilidades en *La casa encendida*. Claro que la llegada a este libro no es proceso súbito ni sorprendente—sí gozoso encuentro de calidad—pues el verso libre muestra ya su total desarrollo y elasticidad en *Abril*, en donde tiene clara preponderancia. El poeta se ha movido con entera comodidad a través de una gama amplia de recursos que abarcan desde el verso clásico, sujeto a reglas fijas, hasta la prosa poética, cuyo centro está en el *Contenido del corazón*. Y aunque mencionar un libro por lo que le falta es como definir un concepto por lo que no es, creemos que es válido lamentar la falta en esta publicación de la obra *Diario de una resurrección*. Este libro cumple, a nuestro parecer, la tarea de unificar, equilibrar y contrapesar—como lo hace en su momento y a su manera en *Canções*—las variadas formas—buenas hijas, todas ellas, de un mismo padre—que se mueven en el territorio comprendido entre el verso libre y

la poesía escandida y rimada, formas éstas que son, en última instancia, diferentes figuras de una personal y continua renovación. Resultaría una labor esclarecedora y de particular interés —aunque imposible de resolver aquí— mostrar con cifras esas alternancias, que son constantes de un ritmo creador no desentrañado aún.

Pues bien, en esta edición, Luis Rosales nos ofrece un cosmos encendido, poblado con la lentitud del que conoce los faros fraudulentos y las autocomplacencias; cosmos poético encendido al paso de las experiencias vitales. Por eso hablamos de humanidad al referirnos a él, porque lo caracteriza una alta dosis de vívidas expectativas y largos sufrimientos de hombre. Nada más fácil de percibir en esta poesía que su protagonista: el hombre en la múltiple y apasionada actividad.

Hombres que se caen:

*Se están cayendo desde su nacimiento hasta su muerte,
desde su traje a la oficina
en la que viven almacenados,
conyugales
y pusilánimes
pero sintiéndose seguros
como quien recupera su aparato ortopédico.
Pudieran ser ministros, definiciones, testamentos
o simplemente hombres (p. 399).*

Seres que se mueven como sonámbulos entre la realidad y el deseo:

*porque la carne se le queda cada día más pequeña
y ha llegado a sentirse impedida,
y ya no podrá nunca volver hasta su casa,
y ya sólo recuerda que vivía en un colegio,
y ya sólo recuerda que vivía dentro del dormitorio de un colegio,
donde todas las noches despertaba
viendo pasar un tren por el pasillo atónito,
.....
que a ella todas las noches va despertándola un poco más,
a fuerza de seguirlo,
a fuerza de seguirlo cuando pasa y se pierde en la sombra,
y la esclava de su cuerpo igual que se esclava con la humedad un cuadro
[en la pared,
y la deja tronchada entre las vías
sobre las cuales pasa el tren donde ella misma va riendo en todas las ven-
[tanás (p. 388).*

Seres que viven una angustia impotente:

*No sé si vivo atascado por un muerto pero siento su olor como una llaga,
una llaga o un odio
que me impide acertar,
que me impide vivir,
o mejor dicho,
que me va haciendo realizar mi vida como si la leyera en un periódico*
[atrasado (p. 341).

Hombres que viven muertos, ya vividos:

*Cuántas personas hay en el mundo que no saben cómo es un hombre,
porque no han muerto nunca de repente,
ni siquiera se han quemado los ojos para llegar a enamorarse de una mujer,
ni han dado nada sino harapos,
dividendos
y contaminaciones
.....
y llevan en los ojos un ataúd en donde sólo cabe un niño,
y en las manos una paloma con las patas cortadas,
y una aguja (pp. 190-191).*

Humana esperanza de comunión:

*Cuando la noche llegue y la verdad sea una palabra igual a otra,
cuando todos los muertos cogidos de la mano formen una cadena alrededor*
[del mundo,
quizá los hombres ciegos comenzaran a caminar como caminan las raíces
[en la tierra sonámbula;
caminarán llevando el corazón igual que un ramo de coral,
y cuando al fin se encuentren
se tocarán los rostros y los cuerpos en lugar de llamarse por sus nom-
[bres (p. 175).

Hombres que sepultan lo mejor de sí mismos y lo llevan muerto sobre los hombros:

*porque se sabe edificado sobre el miedo,
porque sabe que no existe poder alguno donde se pueda el hombre endurecer*
[y concentrar tanto como en el miedo
y porque siente que lleva, aún, sobre los hombros, protegiéndole,
el cadáver ahorcado de aquel niño a quien, quizá, un día le creció demasiado
[el corazón (p. 143).

Seres, como los de «La voz de los muertos» (92-95), para una tierra terrible—España—, tierra de ceniza y agonía; hombres cuyo lenguaje—;paradoja increíble!—les impide comunicarse, tal como

sucede en el poema «La cicatriz» (pp. 404-405); hombres que sufren una culpa ajena y cumplen su condena ineluctable en soledad y silencio como lo vemos en el poema dedicado a Juan Carlos Onetti «La cara de la desgracia»:

*sólo se trata de callar
sabiendo que es inútil la voluntad de justificación,
sabiendo que no podemos justificarnos ni aún del asesinato que no hemos
[cometido,
ya que la culpa es colectiva
y está en el corazón de cada cual como la veta en la madera (p. 412).*

A veces el dolor y la angustia se apoderan del ritmo de un libro y así sucede a lo largo de *Como el corte hace sangre*, en otras ocasiones una fe voluntariosa y rezumante de pasión y amor se antepone a cualquier otra vivencia como ocurre en *Retablo de navidad*. También puede suceder que el libro se transforme en un poema que traduzca el encuentro con la vida y el tiempo vital—así lo vemos en *El contenido del corazón* y en *La casa encendida*—, pero más a menudo los ritmos se alternan en la misma obra—y aun suman la ironía (¿sutil arma de la impotencia?) como pasa en *Canciones*.

Así esta edición se convierte en una *summa*: poesía total y reunida, en donde las partes—en un amplio espectro y diseminadas en una vasta geografía—coexisten en paz retrosemantizada, mostrando su aire de comunidad y sus zonas privadas. La poesía reúne, entonces, lo que sin ella estaba disgregado y como «el mundo es nuestra herencia», no podemos encontrarnos sino en él, en sus seres y en sus circunstancias. Es por ello que nuestro encuentro con la poesía de Luis Rosales es encuentro con el hombre, reunión de importancia, reconocimiento de calidad significativa en un momento en que muchos hombres abrevan su sed en fuentes cada vez más contaminadas.—*J. M. GARCIA REY (Plaza Luca de Tena, 2, 1.º D, MADRID-7).*

CANDIDO PEREZ GALLEGO: *Psicosemiótica*. Departamento de Inglés, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Zaragoza. Serie Crítica/4. Zaragoza 1981, 267 pp.

La Serie Crítica del Departamento de Inglés de la Universidad de Zaragoza continúa su labor de sacar obras de gran profundidad en el estudio del hecho literario. En esta colección acaba de ser publicada